Don Álvaro del Portillo y la crisis religiosa y moral de Europa

Prof. Antonio Argandoña[*]

Introducción

En la Navidad de 1985 Monseñor Álvaro del Portillo envió una Carta pastoral a los fieles del Opus Dei sobre la nueva evangelización de los países de la vieja Europa, Estados Unidos y Canadá, un empeño que figuraba entre las prioridades del Papa Juan Pablo II[1]. Los destinatarios inmediatos de esta carta fueron los fieles del Opus Dei en esos países[2], aunque la dirigió también a los del resto del mundo, porque lo que ocurre en Europa «tiene una indudable repercusión en el resto del mundo»[3], y porque todos están unidos por la Comunión de los Santos[4].

[*] *IESE Business School*, Universidad de Navarra.

[1] Cfr. Á. del Portillo, *Carta pastoral*, 25 de diciembre de 1985, nn. 1 y 2 (II, nn. 373-374). A lo largo de los años en que estuvo al frente del Opus Dei, Don Álvaro escribió cerca de 150 cartas colectivas a los fieles de la Prelatura, como parte de su tarea de dirección espiritual y doctrinal. Citamos las cartas por su fecha y el número marginal, si lo tiene. Tomamos el texto de las cartas de Á. del Portillo, *Cartas de familia*, Roma 1989, vol. I; 1991, vol. II y 1994, vol. III, citando entre paréntesis, el volumen y el número marginal en el mismo.

[2] Cfr. del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 2 (II, n. 374).

[3] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 4 (II, n. 376).

[4] Cfr. del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 11 (II, n. 383).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Esta iniciativa de Mons. del Portillo muestra su sintonía con el Romano Pontífice, su sentido de responsabilidad como pastor de almas, su sensibilidad por los males de la sociedad y de la Iglesia, su comprensión de la naturaleza y consecuencias de aquella crisis, su sentido de la oportunidad en la propuesta de soluciones y su valentía al ponerlas en práctica. Al cabo de tres décadas, algunos de los caracteres de aquella crisis han cambiado, sobre todo los de naturaleza económica, social y política, en algunos países europeos, pero la importancia y la gravedad de la crisis moral y religiosa no se ha reducido: al contrario, se ha agravado, con nuevas manifestaciones de relativismo moral, absolutización de la libertad entendida como predominio de la subjetividad de los fines, irrelevancia de la naturaleza biológica del hombre, valor instrumental de la vida humana, ideología de género, desvinculación de todo tipo de compromiso fuerte, ideología ecologista, nuevas formas de totalitarismo en las ideas, manipulación del lenguaje y, por encima de todo, un profundo rechazo de la religión y, más en concreto, de la religión católica.

Con el paso de los años se han ido poniendo de manifiesto las distintas facetas de esa crisis en la vida privada, la familia, la escuela y la universidad, las actividades económicas, la legislación y la política, las ideologías, los medios de comunicación, la religión y, en definitiva, en todas las manifestaciones de la vida de los hombres, primero en Europa, Estados Unidos y Canadá, pero también en los demás países avanzados y, rápidamente, también en los emergentes y en vías de desarrollo. A la vista de todo, llama la atención la clarividencia de los Romanos Pontífices, de los obispos, sacerdotes, teólogos y laicos, en todo el mundo, a la hora de señalar las causas, caracteres e implicaciones de la crisis, su diagnóstico y las medidas que urgía poner en práctica. Y nos parece que Mons. del Portillo merece un lugar destacado en ese reconocimiento.

Este capítulo tiene por objeto explicar, en primer lugar, el contexto en que Don Álvaro publicó la carta de diciembre de 1985 y otros documentos pastorales sobre la crisis moral y religiosa del mundo occidental, cómo entendía la naturaleza y consecuencias de esa crisis y las soluciones que propuso, para acabar con las conclusiones.

El contexto de la carta

El contexto remoto de la carta de 25 de diciembre de 1985 se remonta a bastantes años atrás. Don Álvaro vivió en el ambiente religioso, moral, social y

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

político de la II República española y de la guerra civil de 1936-39 que, después de sus años escolares y en la universidad, le debieron facilitar un marco de pensamiento amplio, para entender el desarrollo de la modernidad primero y la postmodernidad después. Colaborador muy próximo del Fundador del Opus Dei, San Josemaría Escrivá, en el gobierno de esa institución, vivió en Roma desde los años 1940, y desempeñó distintos cargos de responsabilidad en la Santa Sede, participando muy directamente en el Concilio Vaticano II y los difíciles años del postconcilio. Todo esto, junto con sus frecuentes viajes, primero acompañando al Fundador y luego como su sucesor en el gobierno del Opus Dei, le dieron un conocimiento profundo de los problemas de la sociedad civil y religiosa en todo el mundo, que se unía a su sentido de responsabilidad como Pastor de su *pusillus grex* desde 1975 y, en particular, desde 1991, como obispo sobre el que recaía la responsabilidad apostólica por todo el pueblo de Dios.

El contexto próximo de la carta es la preocupación del Papa Juan Pablo II por la situación moral y religiosa de Europa[5]. El Papa subrayó con frecuencia las raíces cristianas del Viejo Continente y sus contribuciones a la teología y la filosofía, la ciencia, la cultura y el arte, a la democracia, la técnica y el progreso económico. «La identidad europea es incomprensible sin el cristianismo, y […] precisamente en él se hallan aquellas raíces comunes, de las que ha ma-

[5] Son muchos los textos en que San Juan Pablo II manifestó esa preocupación; por ejemplo: *Homilía en la Catedral de Gniezno*, 3 de junio de 1979; *Discurso a los obispos polacos en Czestochowa*, 5 de junio de 1979; *Homilía en Nursia, con motivo del aniversario del nacimiento de San Benito*, 23 de marzo de 1980; *Discurso a la Asamblea General de la UNESCO*, 2 de junio de 1980; *Discurso a los representantes de las Conferencias Episcopales Europeas en Subiaco*, 20 de septiembre de 1980; *Discurso a los participantes en un Coloquio Internacional sobre las comunes raíces cristianas de los pueblos europeos*, 6 de noviembre de 1981; *Discurso a los participantes en un Congreso sobre la Crisis de Occidente y la Misión Espiritual de Europa*, 12 de noviembre de 1981; *Discurso en el Acto Europeo en Santiago de Compostela*, 9 de noviembre de 1982; *Discurso al VI Simposio del Consejo de Conferencias Episcopales de Europa*, 11 de octubre de 1985, etc. Los textos de Juan Pablo II sobre Europa fueron recogidos en M. Spezzibottiani (ed.), *Giovanni Paolo II. Europa. Un magistero tra storia e profezia*, Piemme, Casale Monferrato 1991; y también se encuentran en www.vatican.va. Como es lógico, la preocupación de San Juan Pablo II por la crisis de valores continuó a lo largo de su vida; la encíclica *Veritatis splendor* (6 de agosto de 1993) fue una importante aportación. Otra ocasión particularmente importante fue la polémica que se creó sobre la negativa a incluir una referencia a los orígenes cristianos de Europa en el Proyecto de Tratado por el que se instituye una Constitución para Europa; véase el *Mensaje del Papa a los participantes en un Congreso sobre la nueva Constitución Europea*, 22 de junio de 2002.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

durado la civilización del continente […]. Y todavía en nuestros días, el alma de Europa permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos y humanos, como son los de la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y libertad»[6].

Pero el Papa señaló también las sombras de ese cuadro: «Nos encontramos con una Europa en la que se hace cada vez más fuerte la tentación del ateísmo y del escepticismo; en la que arraiga una penosa incertidumbre moral, con la disgregación de la familia y la degeneración de las costumbres; en la que domina un peligroso conflicto de ideas y de movimientos»[7]. «De Europa han surgido en un corto espacio de tiempo dos guerras mundiales, que han producido un interminable sufrimiento a muchos pueblos y han causado el miedo y el horror en toda la humanidad. Desde Europa se han expandido por toda la tierra ideologías, que en muchas partes ahora causan estragos como enfermedades importadas»[8]. En todo caso, San Juan Pablo II añadía una nota de optimismo a sus consideraciones, porque «Europa tiene todavía en reserva energías humanas incomparables, capaces de sostenerla en esta histórica labor de renacimiento continental y de servicio a la humanidad»[9].

La carta de Mons. Álvaro del Portillo a la que nos hemos referido antes tiene, además, una motivación próxima específica. En una audiencia en diciembre de 1982, cuando Don Álvaro explicó a San Juan Pablo II su propósito de iniciar los apostolados del Opus Dei en China, el Papa le manifestó su preocupación por el estado de los países escandinavos, lo que llevó a Don Álvaro a dar prioridad a la expansión apostólica en el norte de Europa[10], a donde viajó pocos meses después, en marzo de 1983, para preparar el inicio de la labor en aquellos países[11]. La carta de 1985 fue también su respuesta a la publicación de las conclusiones del Sínodo de Obispos Europeos de 1985[12].

[6] *Discurso en el "acto europeístico" en Santiago de Compostela*, 9 de noviembre de 1982, n. 2.

[7] *Discurso a los participantes en un coloquio sobre las raíces cristianas comunes de los pueblos europeos*, 6 de noviembre de 1981, n. 3.

[8] *Discurso a un Congreso sobre el tema "Crisis del Occidente y tarea espiritual de Europa"*, 12 de noviembre de 1981, n. 2.

[9] *Discurso en el Acto europeo en Santiago de Compostela*, 9 de noviembre de 1982, n. 6.

[10] Cfr. J. Medina Bayo, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, Rialp, Madrid 2012, p. 556.

[11] Cfr. *ibidem*, p. 557.

[12] Cfr. *ibidem*, pp. 559-560.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

La nueva evangelización a la que se refiere Don Álvaro del Portillo en la carta de la Navidad de 1985 «fue el eje de sus conversaciones y tertulias durante buena parte de 1986, en que viajó, especialmente durante el verano, a Austria, Suecia, Holanda, Bélgica, Francia, Alemania, Suiza, Italia, España y Portugal (poco antes de terminar 1985 había estado en las Islas Británicas)»[13].

Don Álvaro del Portillo y la crisis de Europa

Los escritos doctrinales de Mons. Álvaro del Portillo en los que trata de la crisis moral y religiosa de Europa muestran una gran sintonía con San Juan Pablo II: «como el espíritu de la Obra nos lleva a sentir en todo con la Iglesia, hemos de hacer nuestros estos desvelos y preocupaciones del Papa; hemos de secundar con gozo sus directrices; y hemos de trabajar con más intensidad en los campos que –como Pastor supremo de la Iglesia– el Romano Pontífice señala a los cristianos»[14]. Su planteamiento es positivo y sereno, abierto a nuevas ideas; distinguiendo lo permanente (la verdad revelada) de lo cambiante; promoviendo la búsqueda de la verdad y el diálogo, subrayando lo que une, no lo que separa, y defendiendo la libertad religiosa, cultural, política y de expresión de todos[15].

Su diagnóstico de la crisis en Europa no se centra en las explicaciones de la filosofía y las ciencias sociales, sino en su dimensión religiosa[16]: la negación de Dios. Don Álvaro identifica un nuevo paganismo, en el que «palabras como Dios, pecado, cruz, mortificación, vida eterna…, resultan incomprensibles para gran cantidad de personas, que desconocen su significado y su contenido»[17]. Ese "nuevo paganismo" se caracteriza por la «búsqueda del bienestar material a cualquier coste, y por el correspondiente olvido –mejor sería decir miedo,

[13] S. Bernal, *Recuerdo de Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei*, Madrid 1996, p. 185.

[14] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 1 (II, n. 373).

[15] Cfr. *Perfil cronológico-espiritual del Siervo de Dios Mons. Álvaro del Portillo, Obispo y Prelado del Opus Dei (1914-1994)*, Roma 2002.

[16] Sobre la crisis hay numerosas publicaciones de interés; cfr., por ejemplo, F. J. Contreras – D. Poole, *Nueva izquierda y cristianismo*, Madrid 2011; M. Fazio, *Historia de las ideas contemporáneas: una lectura del proceso de secularización*, Madrid 2006; M. Fazio, *Cristianos en la encrucijada*, Madrid 2008; J. miró, *La sociedad desvinculada. Fundamentos de la crisis y necesidad de un nuevo comienzo*, Barcelona 2014.

[17] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 4 (II, n. 376).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

auténtico pavor– de todo lo que pueda causar sufrimiento»[18]. No se trata de un derrumbamiento súbito, sino de un proceso paulatino: «muchos quizá comenzaron por poner a Dios entre paréntesis, en algunos detalles de su vida personal, familiar y profesional; pero, como Dios exige, ama, pide, terminan arrojándole –como un intruso– de las leyes civiles y de la vida de los pueblos»[19].

Detrás de esos errores doctrinales hay otros de naturaleza antropológica: en vez de Dios se pone a la criatura, que queda «perdida su dignidad sobrenatural y su dignidad humana, y reducida […] al vientre, al sexo, al dinero»[20]. Aparece así «un nuevo tipo de persona: segura de sí, dominadora de la naturaleza […] [que] se ve asediado por la tentación de desvincularse de Dios y de su ley, y a veces lo rechaza con altanería, engreído vanamente en sus logros y en sus fuerzas»[21]. «Se mueven sólo atraídos por el destello de lo que es caduco, y están como narcotizados por el ansia de poseer bienes materiales –cuantos más, mejor– y de placeres sensibles»[22]. Pero al ignorar su condición de criatura y el destino eterno al que Dios la llama, la persona humana pierde el anclaje de su dignidad última; los derechos humanos se hacen precarios, dependientes de decisiones políticas; se convierte en un ser manipulable cuando se le halaga con promesas de éxito o de placer; la razón acaba cediendo ante el sentimiento, y la guía de la ley natural se esfuma.

En todo caso, «en la raíz de esta actitud [de supuesta autonomía ante Dios] se encuentra frecuentemente una noción profundamente errónea de libertad, que identifican con la inexistente e ilusoria autonomía moral de quien pretende no estar sometido a ninguna ley que obligue en conciencia»[23].

Don Álvaro denunció también la extensión de un materialismo, práctico y hedonista, que sustituyó al materialismo histórico tras la caída del Muro de Berlín; un materialismo que en ocasiones «se presenta enmascarado con pre-

[18] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 4 (II, n. 376).

[19] *Ibidem*.

[20] *Ibidem*. El olvido del Creador, junto con el oscurecimiento de los espíritus y la ignorancia de las verdades sobrenaturales y de las verdades religiosas naturales, se menciona también en la carta de 1 de noviembre de 1993 (III, nn. 267-270).

[21] Del Portillo, 31 de mayo de 1987, n. 12 (II, n. 396).

[22] Del Portillo, 1 de agosto de 1990 (III, n. 93).

[23] Del Portillo, 1 de agosto de 1990 (III, n. 95). Y añade: «como resultado de esta actitud, se rehúye también la sujeción, la obediencia, el servicio dentro de la sociedad civil e incluso en la familia» (III, n. 95).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

textos de cultura, de arte, de ciencia, de naturalidad, de libertad; pero de un modo o de otro, se afana en poner entre paréntesis al Señor, como si Dios no existiera, porque estorba a quienes han colocado su propio yo, su comodidad, por encima de todo»[24]. Más aún, se pone así a Dios «"en estado de sospecha, e incluso en estado de acusación", en la conciencia de la criatura [presentándolo] como un agresivo limitador de la libertad humana, como un expropiador de la dignidad del hombre»[25]. Todo esto acaba manifestándose también en el desprecio de las normas morales: «¿No veis cuántas personas se amparan en lo que llaman sus *derechos* […], para no respetar las normas morales objetivas que el Creador ha impreso en la naturaleza humana?»[26].

Finalmente, el error antropológico se traslada a la sociedad y a sus instituciones: ya en una carta escrita poco después de su nombramiento al frente del Opus Dei decía: «mirad que, con un descaro y con un desprecio increíbles, pretenden expulsar a Dios de todos los ambientes, de la familia, de la escuela, de las leyes»[27].

La crisis de la sociedad civil tiene raíces religiosas, porque «es reflejo de lo que ocurre en la sociedad eclesiástica. Si la sociedad civil está en tinieblas […] es porque la luz del mundo, que es la Iglesia, está a veces como oculta, no alumbra con todo su vigor y energía»[28].

Un programa de acción

El objeto de los escritos de Don Álvaro del Portillo sobre la crisis no es académico, sino pastoral. Le interesa movilizar a los fieles del Opus Dei, a las personas que participan de sus apostolados, a todos los cristianos y a los hombres y mujeres de buena voluntad, católicos o no, creyentes o no[29], para contrarrestar esa crisis moral y religiosa. «Con esta carta […] quisiera poner en

[24] Del Portillo, 1 de agosto de 1990 (III, n .95).

[25] Del Portillo, 31 de mayo de 1987, n. 12 (II, n. 396). La cita es de Juan Pablo II, Carta Encíclica *Dominum et vivificantem*, 18 de mayo de 1986, n. 37.

[26] Del Portillo, 1 de agosto de 1990 (III, n. 95); destacado en el original.

[27] Del Portillo, 1 de marzo de 1976 (I, n. 14).

[28] Del Portillo, 24 de enero de 1990, n. 24 (II, n. 485).

[29] «Ya desde 1950, la Santa Sede había autorizado al Opus Dei a recibir como asociados Cooperadores a los no católicos y aun a los no cristianos» (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1968, n. 22).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

vuestras almas la urgencia de hacer más, de llegar a más gente, de contribuir a la nueva implantación del Evangelio en estas tierras»[30]. De manera coherente con el diagnóstico presentado antes, la solución que Don Álvaro propone es la "nueva evangelización" que San Juan Pablo II estaba promoviendo[31].

Don Álvaro propone llevar eso a cabo «llenos de seguro optimismo, porque contamos con nuestro Dios omnipotente y misericordioso»[32]; con humildad, rechazando «la idea de que somos mejores que los demás»[33]; como «un desafío urgente a nuestra responsabilidad de seguidores de Jesucristo»[34]: «sin espíritu crítico, doleos por la deslealtad que hay en el mundo»[35]. «Nadie puede considerarse excluido de esta misión. Nadie puede permanecer cómodamente en retaguardia, emboscado en *sus cosas*, como si la recristianización del mundo no fuera tarea suya»[36]. «No os conforméis tampoco con un lamento estéril, que a nada conduce. No podemos ser espectadores pasivos, que perciban el mal y piensen que esa actitud es suficiente»[37]. «Perdamos el miedo a chocar con las modas, de cualquier estilo, si estas modas chocan contra Dios»[38].

Dirigiéndose principalmente a cristianos corrientes, Mons. del Portillo señala, en primer lugar, la capacidad transformadora de su vocación a la santidad en medio del mundo. «Llevaremos a cabo esta labor viviendo fidelísimamente nuestro espíritu –contemplativo y apostólico– en medio de cada una de las ocupaciones diarias, que hemos de realizar con toda la perfección humana de que seamos capaces […]. Esta es y será la gran medicina que necesita la sociedad secularizada»[39].

[30] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 1 (II, n. 373).

[31] Con antecedentes en los anteriores Romanos Pontífices. Cfr., por ejemplo, Pablo VI, Exhort. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 8 de diciembre de 1975; Juan Pablo II, Exhort. Ap. *Catechesi tradende*, 16 de octubre de 1979; Exhort. Ap. postsinodal *Christifideles laici*, 30 de diciembre de 1988; Encíclica *Redemptoris missio*, 7 de diciembre de 1990; etc. (consultadas en www.vatican.va).

[32] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 2 (II, n. 374).

[33] Del Portillo, 1 de noviembre de 1988 (I, n. 406).

[34] Del Portillo, 9 de enero de 1980, n. 5 (II, n. 249). «Todos nos hemos de sentir beligerantes en esta conflagración […]: aquí no cabe la neutralidad» (n. 5 (II, n. 249)).

[35] Del Portillo, 1 de marzo de 1988 (I, n. 353).

[36] Del Portillo, 31 de mayo de 1987, n. 14 (I, n. 398); destacado en el original.

[37] Del Portillo, 1 de marzo de 1976, n. 15 (I, n. 15).

[38] Del Portillo, 1 de marzo de 1990 (III, n. 37).

[39] Del Portillo, 31 de mayo de 1987, n. 7 (II, n. 379).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Con esas palabras alude a los tres aspectos de la santidad en el mundo a que se refería San Josemaría: la santificación del trabajo, que incluye hacerlo «con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres)»[40], la santificación de cada uno mediante su trabajo, y la santificación de los demás a través del trabajo. Y subraya la centralidad del «trabajo humano bien terminado [que] se ha hecho colirio, para descubrir a Dios en todas las circunstancias de la vida […] Y ha ocurrido precisamente en nuestro tiempo, cuando el materialismo se empeña en convertir el trabajo en un barro que ciega a los hombres, y les impide mirar a Dios»[41].

El "espíritu contemplativo" al que se refiere Don Álvaro forma parte de la primera de estas dimensiones del trabajo: convertirlo en oración, en ocasión continua de trato con Dios, para identificarse con su voluntad. Si la causa profunda de la crisis occidental se encuentra en el olvido, en la negación de Dios, el remedio debe estar en la recuperación del trato con Dios, si es posible en todos los momentos del día y en todos los lugares. «Hemos de impregnar de espíritu cristiano todos los ambientes de la sociedad […]. Cada una, cada uno, allá donde trabaje, ha de dar contenido de Dios a su tarea, y ha de preocuparse –con su oración, con su mortificación, con su trabajo profesional bien acabado– de formarse y de formar a otras almas en la Verdad de Cristo, para que sea proclamado Señor de todos los quehaceres terrenos»[42].

El "espíritu apostólico" mencionado antes se remite a la santificación de los demás mediante el trabajo: ponerles ante Dios para que «abran los ojos a la luz de Dios»,[43] para frenar «la irrupción agresiva del mal en los corazones, en las mentes, en la intimidad familiar, en la educación de los hijos, y en tanto ámbitos de la existencia de los hombres»[44].

En esa actuación apostólica, Mons. del Portillo recuerda que la iniciativa es de Dios: «en el corazón de cualquier hombre, de cualquier mujer, por alejado que se encuentre de Dios, alienta […] un deseo profundo de eternidad, que no se puede saciar aquí abajo. En esta aspiración […] hallaremos siempre

[40] *Conversaciones*, n. 10.

[41] Del Portillo, 30 de septiembre de 1975, n. 20 (II, n. 47).

[42] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 10 (II, n. 382).

[43] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 7 (II, n. 379).

[44] Del Portillo, 30 de septiembre de 1975, n. 20 (II, n. 47).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

un punto de apoyo para remover a las almas, para acercarlas poco a poco, como por un plano inclinado, hasta la amistad con el Señor»[45]. Esto tendrá lugar, principalmente, de dos modos.

El primero es la ejemplaridad de una vida cristiana bien vivida, porque «esta especie de *paganismo ilustrado* que se encubre y disfraza con paños de ciencia y de libertad, se desarma con el ejemplo de vuestra vida coherente»[46]. «Cumplid, pues, nuestros deberes de hombres o mujeres cristianos sin importarnos el *qué dirán*»[47], sin dar cabida al «cansancio, el abatimiento por las contradicciones, aunque alguna vez hayan sido muy fuertes»[48] y derrochando cariño: «acoged a todos con una sonrisa […] buscad lo que une, no lo que separa. Sed positivos»[49].

El otro medio para la nueva evangelización es el apostolado de la doctrina, «sacando cada uno el máximo provecho a las mil oportunidades que se presentan en la vida diaria […] y provocando vosotros mismos con iniciativa y espontaneidad otras muchas ocasiones para hacer eco a la doctrina de la Iglesia sobre temas de candente actualidad, como los que se refieren a la defensa de la vida humana, la santidad del matrimonio, el fin sobrenatural de la Iglesia»[50], pero teniendo en cuenta también que «no basta la doctrina para que las almas cambien. Se requiere que sea interiorizada por cada uno, de modo que se conformen a esos postulados en sus pensamientos, juicios y decisiones […] [porque] se necesita una transformación *radical* del modo de enfocar y enjuiciar las realidades terrenas, y más aún, del propio espíritu de la criatura humana»[51].

A la hora de proponer soluciones, Don Álvaro menciona también los medios humanos[52]: iniciativas de estudio e investigación, de divulgación, actividades culturales, etc., con la colaboración de muchas personas, en todo

[45] Del Portillo, 1 de enero de 1993 (III, n. 268).

[46] Del Portillo, 9 de enero de 1993, n. 16 (III, n. 383); destacado en el original. Y añade algunas recomendaciones concretas: «con naturalidad, sin ostentaciones, hemos de cuidar que la templanza, la sobriedad y el espíritu de pobreza no se desvirtúen por las presiones del ambiente […] [conteniendo] la avalancha de las necesidades artificiales» (n. 16 (III, n. 383)).

[47] Del Portillo, 1 de noviembre de 1986 (I, n. 272); destacado en el original.

[48] Del Portillo, 1 de agosto de 1986 (I, n. 253).

[49] Del Portillo, 2 de octubre de 1986 (I, n. 263).

[50] Del Portillo, 1 de enero de 1985 (I, n. 143).

[51] Del Portillo, 1 de noviembre de 1993 (III, n. 28); destacado en el original.

[52] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 8 (II, n. 380).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tipo de instituciones y organizaciones, públicas o privadas, que «servirán para sensibilizar la conciencia de muchos y para conectar con otras personas movidas por los mismos ideales que nosotros»[53], aunque subraya que lo más importante es el trato uno a uno, porque lo que hay que cambiar son las personas, no las colectividades[54]. Corresponde a cada cristiano estar presente allí donde su trabajo, sus relaciones sociales y su iniciativa le lleve: colegios profesionales, partidos políticos, órganos de gobierno de las ciudades y los Estados, etc., «siempre con libertad y responsabilidad personales, en uso de vuestros derechos y deberes como ciudadanos»[55], dando vida sobrenatural a personas, organismos e instituciones «que ahora son como cadáveres ambulantes»[56].

«Pensad, pues, en las posibilidades que os ofrece vuestra tarea profesional para informar cristianamente la sociedad, y sacadles partido. Considerad las oportunidades que –como los demás ciudadanos, vuestros iguales– tenéis de influir en la vida pública a cualquier nivel, y aprovechadlas. Percataos de la importancia de trabajar –en uso de vuestra libertad y con la consiguiente responsabilidad personal– en organismos nacionales e internacionales, desde los que se pueden promover los valores cristianos de la familia, la educación, la defensa de la vida humana y tantas cuestiones que es preciso orientar según la doctrina de la Iglesia»[57], en los medios de comunicación[58], en el apostolado de la opinión pública[59], etc. Y para llevar esto a cabo, sugiere aprovechar los factores positivos que se encuentran en la sociedad: «–inconformismo, sed de espiritualidad, preocupación por los países menos desarrollados– para procurar informarlos con el espíritu cristiano»[60].

[53] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 8 (II, n. 381); cfr. también del Portillo, 1 de noviembre de 1993 (III, n. 268). Citando a San Josemaría (*Carta colectiva*, 14 de febrero de 1974, n. 24), señala también que es imprescindible, «cualquiera que sea la ciencia que se cultive, aprender a situar rectamente y bajo la luz de la fe aquella parte del saber humano al que se dedica, por profesión, el propio esfuerzo»: del Portillo, 1 de julio de 1986 (I, n. 246).

[54] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 9 (II, n. 381).

[55] Del Portillo, 2 de octubre de 1985 (I, n. 195).

[56] Del Portillo, 2 de octubre de 1985 (I, n. 195).

[57] Del Portillo, 9 de enero de 1993, n. 14 (III, n. 381). Sobre las iniciativas de Don Álvaro en el mundo de la cultura, la universidad y la investigación, las comunicaciones sociales, la empresa, el mundo del trabajo, etc. cfr. Medina Bayo, *Álvaro del Portillo*, p. 565.

[58] Del Portillo, 9 de enero de 1993, n. 14 (III, n. 381).

[59] Del Portillo, 1 de enero de 1985 (I, n. 144).

[60] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 8 (II, n. 380).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Pero, ante todo, urge a poner en primer lugar los medios sobrenaturales: una piedad recia, «alimentada con el estudio de la doctrina cristiana»[61], la oración, la mortificación… «De cada uno de vosotros espero los abundantes sacrificios y oraciones que se precisan para llevar a cabo esta labor que con tanta urgencia pide el Papa»[62]. Y cita a San Juan Pablo II «Se necesitan heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus gozos y esperanzas, de sus angustias y tristezas, y al mismo tiempo sean contemplativos, enamorados de Dios. Para esto se necesitan nuevos santos»[63].

Conclusión

La crisis doctrinal, religiosa y moral de Occidente, patente desde hace décadas en Europa y en otros países conectados culturalmente con el Viejo Continente, ha sido objeto de muchos análisis y recomendaciones, desde los ángulos de la teología, la filosofía, las ciencias sociales y la política. En ellos se pone de manifiesto la falta de acuerdo, no ya sobre las soluciones, sino también sobre las causas, e incluso sobre la misma existencia de esa crisis, que para algunos es más bien una muestra del progreso de la humanidad en sus realizaciones y en sus éxitos, y para otros la evidencia de una grave enfermedad de la sociedad, primero occidental y, a la larga, del resto del mundo.

En el plano humano, esa discrepancia es lógica, por la diferencia de supuestos de partida y de concepciones del hombre y de la sociedad. Falta un enfoque unificador, capaz de ordenar los hallazgos parciales, como se ha puesto de manifiesto por la dispersión de las ciencias humanas y sociales, a raíz de la irrupción de la Reforma y de la Ilustración, pero también por la fragmentación de la filosofía y por el arrinconamiento de la teología como disciplina de síntesis. Por ello, merece especial consideración el tratamiento de las sucesivas crisis en la doctrina de la Iglesia católica, que, fiel al mensaje de Cristo, pone en el centro de su atención a la persona humana, creada a

[61] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 6 (II, n. 378).

[62] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 12 (II, n. 383); cfr. también del Portillo, 1 de marzo de 1986 (I, nn. 220-223).

[63] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 6 (II, n. 378). La cita es de San Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el VI Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa*, 11 de octubre de 1985, n. 13 (consultado en www.vatican.va, el 24/02/2014).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

imagen de Dios y llamada a la felicidad eterna. Eso es lo que encontramos en las llamadas de San Juan Pablo II para la "nueva evangelización" de las naciones de Europa, y en la respuesta firme de Don Álvaro del Portillo, como obispo y Prelado del Opus Dei.

Mons. del Portillo fue un hombre con grandes dotes intelectuales, de gobierno y pastorales, pero fue, sobre todo, un hombre de Dios, uno de esos santos que mencionaba él mismo, como hemos citado, con palabras de otro santo, el Papa Juan Pablo II. En este capítulo hemos recogido una pequeña aportación suya, que refleja su profundo sentido sobrenatural, su sintonía con el pensamiento y las preocupaciones del Romano Pontífice, la conciencia de su deber como Pastor de almas en unos momentos de confusión doctrinal, moral y religiosa, la claridad de su diagnóstico, espiritual y religioso, y la firmeza de sus recomendaciones.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei